



UW

UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

POESÍA

Antología poética

La dicha tiene fin

María Monvel

La Editorial UV de la Universidad de Valparaíso ha decidido liberar este texto para descarga gratuita con el fin de facilitar el acceso al mismo y seguir difundándolo.

María Monvel

La dicha tiene fin

Antología poética

Prólogo de Micaela Paredes

Selección de Micaela Paredes y Ernesto Pfeiffer

Ilustraciones de Pía Subercaseaux

© María Monvel
La dicha tiene fin
Antología poética



Proyecto UVA2193
«Iluminando el nuevo Chile a través
del arte, la cultura y el patrimonio»

© Editorial UV de la Universidad de Valparaíso
Vicerrectoría de Vinculación con el Medio
Av. Errázuriz N°1108, Valparaíso

Colección Poesía
Primera edición: noviembre 2021
Versión digital: noviembre 2022
Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-214-229-8
Registro de Propiedad Intelectual N° 2021-A-10706

Director editorial: Ernesto Pfeiffer A.
Editora: Arantxa Martínez A.
Comunicaciones y distribución: Jovana Skarmeta B.

Ilustraciones: Pía Subercaseaux. Óleos sobre madera (sin título), 2020-2021.

Diseño de portada: Felipe Cabrera A.
Diagramación y diseño: Paulina Orellana V. y Gonzalo Catalán V.
Corrección de estilo, contenido y pruebas: Micaela Paredes B.

Administración: Francisca Oyarce V.
Contacto: editorial@uv.cl
www.editorial.uv.cl

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida,
mediante cualquier sistema, sin la expresa autorización de la editorial.

UW

UNIVERSIDAD DE
VALPARAÍSO

POESÍA

Antología poética

La dicha tiene fin

María Monvel

Historia de una dicha extraviada

Imprevisibles son los caminos que sigue una obra tras la muerte de quien la diera a luz, y poco fructífero, al menos para la tarea de rescate que nos convoca, sería escudriñar las posibles razones, literarias y extraliterarias, de que María Monvel no forme parte del canon de la poesía chilena. Lo cierto es que poco y nada sabemos hoy de la obra de esta mujer, nacida como Ercilia (Tilda) Brito Letelier, que publicó sus primeros poemas hacia 1917 en revistas y diarios de Santiago, y que con el paso de los años llegó a ser ponderada como piedra angular en la poesía escrita por mujeres de parte de algunas de sus pares, entre las que se cuentan Juana de Ibarbourou y la misma Gabriela Mistral, quien en su momento la consideró «la mejor poetisa de Chile, pero más que eso, una de las grandes poetisas de nuestra América».

Sus poemas no aparecen en antologías, salvo contadas excepciones, y su nombre nada dice a una parte considerable del mundo literario e intelectual de nuestro presente. Los casi inexistentes comentarios críticos repiten una y otra vez las mismas citas de lo que se dijo sobre su carácter personal y su poesía durante los años veinte y treinta, que fueron los de su trayectoria poética y vital, tempranamente truncada con su muerte a los treinta y siete años. Una de esas frases célebres es la que aparece en *Selva Lírica*, donde es mencionada como Tilda Letelier y se la describe escuetamente como una «muchacha de un fervor artístico saturado de cristiana sentimentalidad». En esa sintonía, «vehemencia», «frescura», «sencillez», «transparencia» y «feminidad» son los términos que la crítica solía usar para destacar su obra —y prácticamente la de cualquier poeta mujer a principios del siglo XX, en un contexto en que la tónica era no solo vincular obra y vida, sino justificar la primera en términos de la segunda. Quizás la aproximación que más justicia le hace poéticamente, más allá de los tópicos y lugares comunes

que se destacaban en su poesía, es la de —otra vez— Mistral, que reconoce en la concreción de sus poemas una necesidad del decir plasmada con consciencia y rigor formal. La hechura del verso, su manejo sensible no solo en cuanto a emoción sino a la realidad material del lenguaje que hace posible la experiencia del poema, es lo que celebra y agradece la autora de *Los sonetos de la muerte*, al advertir que la «elegancia interior» y «flexibilidad espiritual» de Monvel se sustentan en un conocimiento acabado de las diferentes dimensiones que entran en juego cuando se trabaja con las palabras.

Muestra de esa consciencia poética se encuentra ya en su primer libro, *Remansos del ensueño*, publicado en 1918, en el cual la poeta exhibe y ejercita una pluralidad de metros de arte menor y mayor. Así como Mistral lo hiciera con el eneasílabo, Monvel prueba con versos de diez y doce sílabas, configuraciones extrañas en términos métricos y acentuales para la prosodia del español. También se ejercita en los metros más comunes, como el heptasílabo, el octosílabo, el endecasílabo y por sobre todo el alejandrino —que Darío cultivara y afirmara en la tradición hispanoamericana—, como en el poema «Comunión pagana»: «Ya está echada mi suerte. Te seguiré en la vida. / Para endulzar tus hieles, para amargar tu miel. / Te seguiré de lejos o de cerca; escondida / o visible. Por siempre seré tu sombra fiel».

En el siguiente poemario, *Fue así* (1922), recibido como libro consagratorio —por Juana de Ibarbourou en Uruguay y con comentarios laudatorios en Chile como los de Eduardo Barrios y Omer Emeth (Emilio Vaisse)—, Monvel afianza un estilo que se sostiene en la musicalidad del verso, en figuras que la propician a través de la repetición, como anáforas y aliteraciones, y en un lenguaje directo que constata la experiencia de la pérdida amorosa como una presencia palpable sensorialmente, en el cuerpo físico y verbal: «Me pesaba su nombre como un grillo de hierro, / me pesaba su nombre como férrea cadena, / me pesaba su nombre como un fardo en los hombros, / como atada a mi cuello me pesara una piedra» («Me pesaba su nombre»). Pero a pesar de la clara atención a la forma y de la fuerza lírica de sus textos, su obra no busca, y así lo dice la propia poeta, arrimarse al «dislocado andar de las huestes modernistas», a las que califica de innecesariamente artificiosas.

En 1925, se publica una breve selección de poemas inéditos en Barcelona, como parte de la colección *Las mejores poesías de los mejores poetas* en la Editorial Cervantes, lo que instala su nombre en el ámbito internacional. Este libro aparece en el contexto de un viaje que Monvel realizó por Europa durante varios meses junto a su marido, el escritor Armando Donoso, y en el que tuvo oportunidad de compartir con varios escritores, filósofos y artistas, entre los que destacan José Ortega y Gasset, con quien llegó a cultivar una especie de amistad, y Auguste Rodin, a quien visitó en su taller. La conversación mantenida con este último le valió la conclusión de que «la última verdad es que el artista siempre juega»¹.

Aunque María Monvel no dejó ningún texto en prosa ni en verso que diera cuenta de su poética de manera explícita, a través de algunas de sus declaraciones y de la lectura misma de sus poemas es posible vislumbrar una idea de la poesía como un fenómeno que, si bien con intenciones estéticas y consciencia de sus mecanismos de construcción, no pretende separarse de la experiencia vital. En una entrevista, la poeta manifiesta que escribe «muy mal pero con sinceridad... Escribo para mí misma, para mis hijos cuando sean mayores, para los que me quieren, y para mis escasos admiradores a quienes agradezco, en sumo grado, tanta gentileza»². Falsa modestia o franqueza, concordemos o no con su propio juicio, la suya se asume como una poesía escrita por necesidad, cuando y como las circunstancias de la vida lo requieren, y no como fruto de una decisión racional de hacer de la escritura una carrera o profesión.

Interesante resulta su discurrir en la introducción a la antología *Poetisas de América* —editada por ella misma y publicada por Nascimento en 1929—, un libro de gran importancia dentro del panorama poético de la época³. En las palabras preliminares, Monvel se pregunta qué hace de Latinoamérica un lugar tan prolífico para las poetas, a diferencia de lo que sucedía en España, hace justo

-
1. Citada en el estudio preliminar de Alejandro Concha Cruz en la antología *Poemas de María Monvel*, sin editorial e impresa en 2012 por el mismo antólogo.
 2. También citada por Concha Cruz en el estudio mencionado.
 3. La antología ha sido destacada en *Los museos de la poesía* de Alfonso García Morales (ed.), Alfar: Sevilla, 2007.

un siglo, atribuyéndolo a la mayor libertad vital —moral, política, cultural— que percibía a este lado del Atlántico: «Todavía no puede la española como la americana vencer los prejuicios que la rodean ni hacer frente a las vallas insalvables que se le oponen para que se entregue a una profesión tan masculina como las letras». Aquí, al plantearlo como una labor hecha mayoritariamente por hombres, usa el término profesión, pero cuando se refiere a la misma tarea en manos de *ellas*, dice «trabajo, deporte de mujeres» y «soñador y blando deporte de la rima». Lo que podría, desde nuestro punto de vista contemporáneo altamente ideologizado en asuntos de género, leerse como un menoscabo de lo que hacen las mujeres en materia de poesía en comparación con los hombres, tiendo a interpretarlo como un asunto más sutil y complejo. Primero, porque dicha afirmación y el resto del texto en el que aparece están atravesados por una dosis de ironía. En lo que conocemos de su prosa, la poeta no rehuía las agudezas, el humor y las aseveraciones mordaces. En segundo lugar, porque si bien sus palabras son una provocación, la dosis de verdad sin dobleces que se esconde en esa valoración de la poesía implica una relación escogidamente *amateur* con las palabras. *Amateur*, no en su acepción inmediata de poco avezada, sino en la que se conecta con su raíz latina, *amator*: quien ama. Y el amor no es fruto de la voluntad, no se fuerza ni se programa; se da así como se recibe: gratuitamente. Esto no quiere decir que la poesía no pueda constituir, a la vez, una relación de conocimiento, pues justamente en este y no en otro sentido entiendo el adjetivo de «cristiana» que se le asigna a su obra: vehículo de conocimiento a través del amor, por y desde las palabras.

Provocador también es lo que, en el mismo contexto de la mencionada antología, Monvel dice al categorizar a las poetisas antologadas⁴ en dos grandes grupos: las que en su obra plasman la «sensualidad de todos los sentidos» y las que se atienen a la «sensualidad exclusivamente erótica». Más allá de lo que puede parecer una simplificación, dentro de la que por cierto identifica y comenta

4. Que son en total dieciocho, entre las que destacan ella misma, Gabriela Mistral, Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Magda Portal y Dulce María Loynaz.

excepciones, lo crucial es que a través de su faceta de editora y crítica la poeta chilena abrió un espacio para pensar la poesía que estaba escribiéndose en su tiempo: traza genealogías, reconoce notas distintivas y las lee a la luz de la realidad social y cultural del continente.

En comparación con su producción en verso, la obra en prosa de Monvel es breve. En 1918 aparece el cuento «La japonesita», y ocho años después *El marido gringo*, que consta de dos relatos breves. En estos últimos se aprecia a cabalidad esa faceta más lúdica a la que también tendía su escritura. El texto principal esboza un cuadro de la idiosincrasia chilena de la época con perspicacia y no se restringe a lo políticamente correcto: «Era una mujer buena y fea como son generalmente las mujeres que los gringos emigrantes eligen para esposas», rezan las primeras líneas. En la presentación que prologa estos textos, editados por la revista quincenal *Lectura Selecta*, se citan palabras de la propia Monvel, que confiesa estar trabajando en un libro de ensayos y que es el género que realmente le interesa, aunque no da mayores detalles de los asuntos sobre los que está escribiendo. No sabemos qué pasó con dichos textos que nunca llegaron a publicarse, pero sí hay registro de sus artículos ensayísticos en diarios nacionales e internacionales.

Su último libro publicado en vida, en 1934, lleva el título de *Sus mejores poemas* y consta de una selección, hecha por la misma poeta, de la que dejó fuera los textos de su primer libro y en la que dio a conocer algunos inéditos. Un poema incluido allí, que ya había aparecido en la antología española de 1925, es «Mi hija juega en el jardín», al que Nicanor Parra ponderó como un texto que debiese estar en cualquier antología de poesía chilena. El lenguaje depurado y la intención narrativa, combinados con un vuelo lírico sutil, son lo que debe haber llevado al antipoeta no solo a reconocer la calidad del poema sino a intentar una reescritura del mismo, como manera de hacerlo suyo. Y es que «Mi nieta juega en el jardín»⁵ podría ser perfectamente un texto de *Poemas y Antipoemas*. En su versión, Parra

5. Los detalles de esta reescritura y la valoración que hizo Parra del poema original aparecen en el artículo «Aproximación a la obra de María Monvel» de Francisco Véjar, publicado en *El Mercurio* (Santiago) sept. 18, 1999, p. 12 (Suplemento «Revista de libros»).

cambia la figura de la hija por la de la nieta y modifica unas cuantas palabras, pero mantiene la esencia del poema original, que comienza así: «Mi hija juega en el jardín / y yo la miro quieta y triste, / triste de tanta dicha, triste / porque la dicha tiene fin».

Otra de las facetas de Monvel en la que apenas se ha reparado es la de traductora. En sus *Últimos poemas*, publicados póstumamente en 1937, se incluyen las traducciones que hizo de 16 sonetos de Shakespeare, en versiones que adaptan el verso a la métrica castellana y recrean las rimas. También tradujo prosa: del inglés, la insólita novela categorizada como infantil *Las jóvenes visitantes*, de Daisy Ashford, escrita cuando la autora tenía solo nueve años. Del francés tradujo el polémico libro del premio Nobel de Medicina y Fisiología, Alexis Carrel, *El hombre: un desconocido*, en el que se defiende la práctica de la eugenesia. También la novela policiaca *Seis hombres muertos* del belga Stanislas André Steeman, además de *Los últimos días de María Antonieta*, del historiador Frantz Funck-Brentano. Del italiano, vertió al español las memorias de Emilio Salgari. La traducción de estas obras no solo confirma que la poeta manejaba varias lenguas, sino que deja ver una curiosidad literaria diversa en cuanto a géneros y asuntos.

María Monvel fue una figura cautivadora en términos literarios, y en buena hora comienza a ser rescatada y releída⁶. Suscitó genuino interés en el círculo intelectual de su época durante el breve pero intenso periodo en que pudo dar cauce a su trabajo creativo desde diferentes frentes: el de la poesía, la narrativa, la traducción, la prosa ensayística y la edición. La presente antología preparada por la Editorial UV es una feliz invitación a conocer y reconocer la obra de una «pasajera silenciosa» que, tras su viaje por las inclementes sombras del tiempo, hoy arriba, otra vez, a buen puerto.

Micaela Paredes Barraza

6. Dentro de estos esfuerzos por recuperar la poesía de María Monvel, la poeta y académica María Inés Zaldívar se encuentra preparando la edición de sus obras completas.





Remansos del ensueño
(1918)

Delirios

Anoche te soñé muerto:
lacia la hermosa cabeza,
los párpados entreabiertos...
Pálidos, mudos y yertos
los dulces labios de fresa.

¡Anoche estabas dormido
para siempre entre mis brazos!
¡Oh! Si yo hubiera podido
quedar prendida en los lazos
de ese sueño interrumpido!

Seguir tu sueño arrullando
por la eternidad entera!
Por siempre seguir besando
tus fríos labios de cera!

Esa boca que en la vida
tiene desprecios crueles,
era tan dulce dormida
como una copa de mieles.

¡Por qué no sigues dormido
por la eternidad en mis brazos!
¡Cuán hermoso hubiera sido
quedar prendida en los lazos
de ese sueño interrumpido!

Cuando hoy he visto en la vida
tu fría boca altanera,
así pensé, dolorida:
«¡Por qué no sigo dormida
besando la entumecida
flor de su boca de cera!»

La ciega

Ella no supo nunca del sol ni de las flores,
ni del azul sereno del firmamento... Ella
no vio el rostro a su madre, ni el fulgor de la estrella,
ni de la primavera los cálidos verdes.

En el iris azul de los ojos de ensueño,
no enciende su centella ni una vaga mirada,
y aunque los abre el alba, y aunque los cierra el sueño,
la pobre niña ciega no ha visto nunca nada.

Sus días se deslizan con taciturna calma
junto al clave, al que arranca sonidos melódicos,
y como lleva todos los astros en el alma
sus ojos sin mirada los ven, y están gozosos.

¡La pobre niña ciega!... Mas no... que ella no llora.
Su vida es como un río sereno, de infinita,
de honda paz. Ni un tormento la conturba o la agita,
y aunque vive en penumbra, lleva dentro una aurora.

Y conversa del sol, de las flores hermosas,
del cielo, de los astros, de la luna argentina.
No las ha visto nunca, pero las adivina
mucho más esplendentes y mucho más gloriosas.

Quizás qué mundos sueña su loca fantasía!
¡Qué milagros de flores! ¡Qué fulgores de estrellas!
¡Qué estupendos prodigios de sol! ¡Qué poesía
soñadora de luna! ¡Qué mañanas tan bellas!

Y así vive la ciega. Junto al clave, arrancando
con sus pálidos dedos extrañas melodías.
En un concierto de hondas, de claras alegrías
las horas de la ciega se deslizan soñando.

¡Que jamás esos ojos por un prodigio extraño
se entreabran gozosos, la penumbra vencida,
pues sería muy grande, muy cruel el desengaño
porque nunca es más bella que los sueños la vida!

Comunión pagana

Ya está echada mi suerte. Te seguiré en la vida,
para endulzar tus hieles, para amargar tu miel.
Te seguiré de lejos o de cerca; escondida
o visible. Por siempre seré tu sombra fiel.

En tu pecho cansado, de donde las pasiones
huyeron para siempre, allí, en tu corazón
que helaron ya los vientos de las desilusiones
iré a colgar mi nido que es aroma y canción.

Amo la honda fatiga de tus ojos cansados...
¿No has leído en los míos una interrogación?
¿Habrán llorado mucho y están ya fatigados?
¡Amo tus ojos tristes con inmensa pasión!

No sé, en verdad, qué fuerza, qué impulso, qué deseo
me lleva a amar tus labios que no saben besar.
No creo en los amores que me brindan, y creo
en ese amor que nunca me han sabido expresar.

Yo traeré a la obscura soledad de tu vida
mis sueños, mis canciones, mi juventud en flor.
Incendiaré en mis llamas la juventud vencida
y seré entre tus manos una olorosa flor.

He llegado a turbar tus veladas tranquilas
con un poco de ensueño y un poco de emoción;
y dejarán por siempre mis oscuras pupilas
una huella indeleble sobre tu corazón.

Yo te ofrezco los pétalos de mi boca sangrienta...
Toda mi vida entera la he consagrado a ti.
Recibe de mis labios la juventud. ¡Que sienta
que he infiltrado en tus venas la que me sobra a mí!

Mi heredad

Yo le pido a la vida un gran árbol frondoso
para que me dé amparo con su serenidad,
y el fulgor de un lucero radiante y luminoso
que me trace el camino que va a la inmensidad.

Mucha plata de luna y algún canto armonioso
que vibre en mis oídos por una eternidad,
y un amor infinito y absurdo y misterioso...
En fin, Vida, que sea de ensueños mi heredad.

Y con amor y estrellas y frondas y sendero
viviré tan feliz que más placer no quiero...
Ah! sí, Vida, te imploro aun otra cosa más.

Que cobijes mi amor, mi sendero y mi estrella
con la enorme ala cándida divinamente bella
de una paz infinita, de una suprema paz.

Elogio del silencio

De un pensamiento de Maeterlinck

El silencio es algo suave:
seda, raso, terciopelo.
¿Por qué le temen los hombres
si es tan amable el Silencio?

¿De dónde viene este mago
rodeado de encantamientos,
con su cortejo intangible
de sueños y de secretos?

¿De los abismos del mundo
o de los valles del cielo?
Para llegar a las almas,
¿cómo ha encontrado el sendero?

Si os embarga la alegría
y contempláis algo bello:
un claro lucero triste
o un claro de luna enfermo;

si os acecha la desgracia
o si estáis velando a un muerto
os ha de sellar los labios
el fantasma del Silencio!

El Silencio es lo más alto
porque siempre es lo más bueno...
Si se acerca a nuestras almas
en su honor, quemad incienso.

Cuando se eleva a las altas
cimas vuestro pensamiento
y tenéis las almas limpias,
serenos los sentimientos,

y cuando sois desgraciados,
entonces baja el Silencio
y cura vuestras heridas
con sus dulcísimos besos.

Él, hasta Dios nos acerca
elevándonos al cielo,
y nos pasea en sus alas
por todos los universos...

Es más delicado y suave,
más fino que el terciopelo...
Si se acerca a vuestras almas
quemad en su honor incienso!

Los tristes

De un pensamiento de Verlaine

Aquellos tristes que no tienen madre
y cuya vida es un calvario cruel,
y que no encuentran una mano amante
que les alargue algún amigo fiel...

Aquellos tristes que no tienen madre,
aquellos que hasta el sol les niega luz,
y que marchan perdidos en la vida
llevando a cuestas una enorme cruz!

Esos que marchan con los ojos bajos,
esos que no osan levantar la voz;
que no se atreven a acercarse a un hombre,
que no se atreven ni a rogar a Dios...

Tantos, tantos escollos encontraron
que para siempre se perdió su fe...
¡Oh! Desgraciados que no tienen madre
y no encontraron un amigo fiel!

Si por acaso alguna mano tiéndese
hacia ellos, con honda compasión,
observad esas caras demacradas:
desconfianza revelan y dolor.

Igual que un tierno pájaro aterido
que un niño recogiera con amor,
para que no se muera de hambre y frío...
¡Y que él temblara loco de terror!





Fue así
(1922)

Yo miré las horas...

Yo miré las horas pasar solamente,
mis manos pequeñas nunca hicieron nada.
Fui extática y triste, fui absorta y helada,
pero tuve sueños audaces y ardientes.

No jugué de niña, tú ya lo dijiste.
Mis años de infancia pasaron esquivos,
sin pensar en nada, siempre pensativos
con las manos quietas y el corazón triste.

¡Coge entre las tuyas estas manos mías!
Un soñar eterno las ha vuelto hermosas:
finas, porque nunca fueron hacendosas
y pálidas, porque siempre fueron frías.

Mira en mis pupilas inefables lagos,
tumbas de memorias, cráteres de abismos
donde se han perdido mis romanticismos
sin guardar recuerdo, ni dejar estragos.

Mira en la apariencia frágil de mis ojos
espejos audaces, como roca duros.
En ellos no hay huella de mis sueños puros,
ni hay en ellos huella de mis sueños rojos...

Cristales que nunca trizó piedra alguna
de aquellas que el odio lanzó con su mano,
han como de niño, su fulgor lejano,
han como de niño, su dulzor de luna...

Yo no fui al encuentro de ningún destino,
mas cuando el destino pasó por mi lado,
cuanto amor se trajo me lo he reservado.
¡Lo demás, en cambio, se fue como el vino!

Nunca en la alta noche me creí perdida.
Mientras era lóbrega, mientras daba espanto
yo no me deshice, como un niño en llanto
y a la misma muerte le pedí la vida;

quizás si las penas me hicieron más grave,
quizás si pulieronme, cual claro diamante:
más grandes los ojos, más fino el semblante,
me han vuelto más frágil y también más suave.

Las penas sufridas no me han amargado,
ni el llanto llorado me ha vuelto más triste.
Soy tal como aquella que tú conociste
sin amor: la misma con haber amado!...

No entendió

No entendió mi cariño,
que era un amor de madre
y era un amor de niño.

No entendió mi ambición,
que si le hurtaba el cuerpo
le daba el corazón.

No entendió mi locura
que le abrazó las manos
sedienta de ternura.

No entendió mi martirio:
buscar, buscar un alma
con singular delirio.

No comprendió mi amor:
diamante bien pulido
con llamas de dolor.

¡No me comprendió nunca!
Y así fue como entonces
quedó mi vida trunca...

Cuando busqué sus labios,
me mordieron sus dientes
infiriéndome agravios.

Cuando busqué sus ojos,
me hirieron sus miradas
como dos dardos rojos.

Cuando busqué su pecho,
me asaltó su deseo
como huracán deshecho...

No me entendió... Partimos
por sendas diferentes
y... ¡ni adiós nos dijimos!...

Es tenaz mi esperanza

Es tenaz mi esperanza
como una llamarada,
que no amilana el viento,
que no adormece el agua...
Y es tan pura y tan fuerte
tan azul y tan cándida,
tal como una ancha vía
de estrellas para el alma...
Mi ser entero es una
inaudita esperanza!

* * *

Mas las angustias fueron
una vez tan amargas
que por fin extinguieron
la luz de mi esperanza.

Mi vida quedó en sombras...
La noche fue mi alma.

Viajero solitario,
a mi lado pasabas
y me alzaste hasta ti
(curiosidad o lástima...)
Me clavaste los ojos,
los miré, y allí estaba
¡oh señor, la perdida
y loca llamarada!
Yo me abracé a tu cuello
para ver mi esperanza!

Me pesaba su nombre

Me pesaba su nombre como un grillo de hierro,
me pesaba su nombre como férrea cadena,
me pesaba su nombre como un fardo en los hombros,
como atada a mi cuello me pesara una piedra.

Ya no está junto al mío la injuria de su nombre,
y... me pesa!

Me pesaba su amor ambicioso y mezquino,
me pesaba su amor de deseo y de queja,
me pesaba su amor, que más que amor fue odio,
su dignidad abrupta que más era soberbia.

Ya no tengo su amor, su dignidad, su odio,
y... me pesa!

Me pesaban sus celos pendientes de mis gestos,
me pesaban sus celos candentes de tragedia,
me pesaban sus celos adustos, implacables,
envolviendo mi cuerpo con obscura sospecha...

Ya no tengo sus celos, su sospecha, su injuria,
y ¡Dios mío! me pesa...

Exaltación

Acompasadamente galopa mi caballo,
acompasadamente por la playa desierta...
¿Dónde voy en huida? ¿Dónde voy a perderme
ebria de luz, de sol, de inquietud y de pena?

Ni un alma, ni un encuentro en el camino de oro.
Galopa mi caballo... de finísimas perlas
me salpica la mar, mientras me azota el rostro
batida por el viento la loca cabellera.

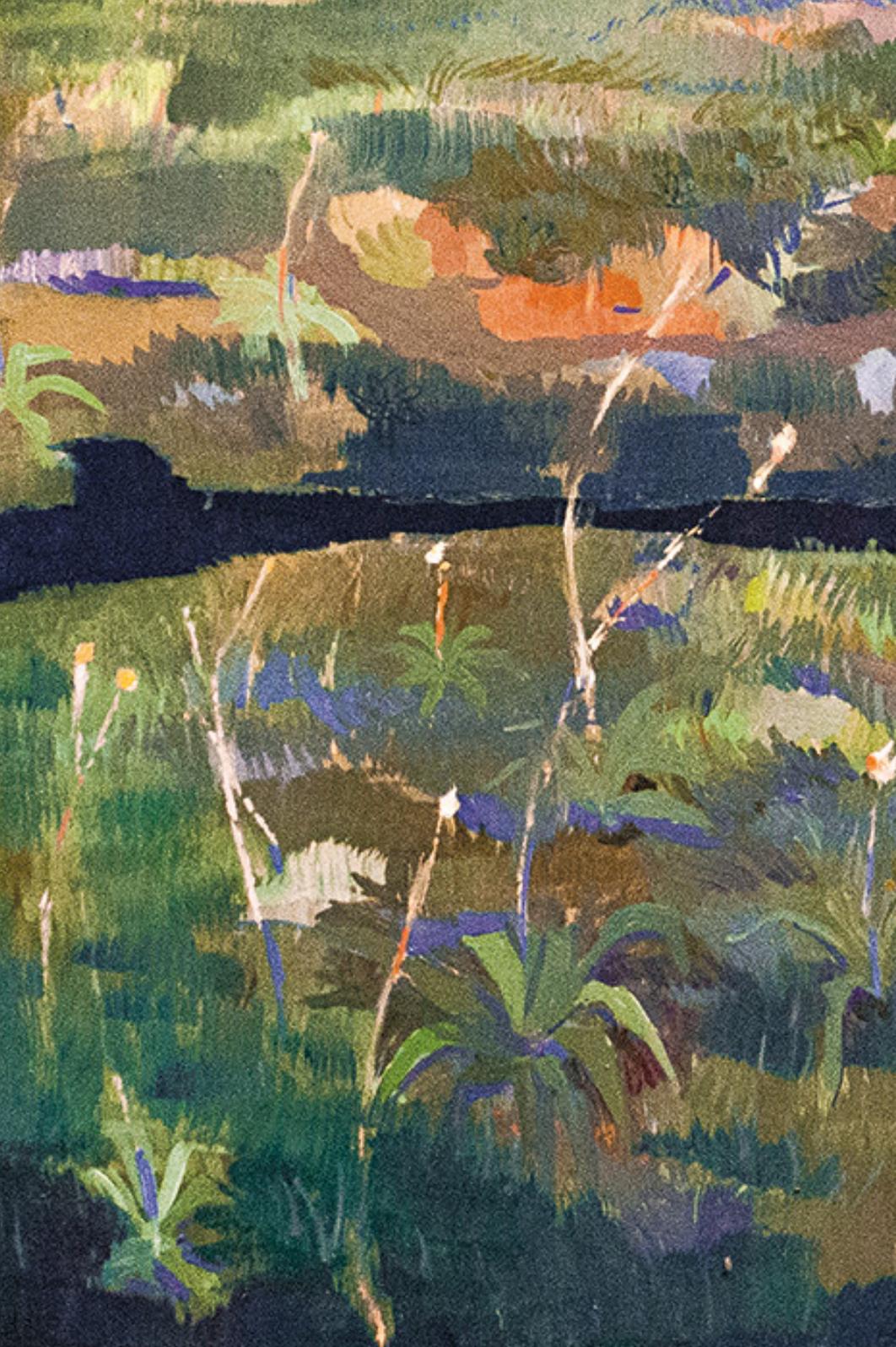
En el espacio forman las gaviotas errantes
un prolongado manto de dulces alas trémulas,
y el mar es como un lago que canta y se adormece
tras de una larga cólera desordenada y fiera.

En deleitoso baño de paz y de luz clara
se aduermen mis delirios... Hay singular belleza
en todo, en todo, aun en el amenazante
fantasma, que simula aquella roca negra.

Parece que respiro el alma del crepúsculo,
que me han nacido alas...

En lo alto, una estrella
se abre como un jazmín...

Galopa mi caballo,
galopa mi caballo, por la playa desierta!



A painting of a tropical landscape. In the foreground, there are large, vibrant green and yellow plants, possibly bromeliads, on a rocky outcrop. A dark, winding river flows through the center of the scene. In the background, a person is visible on a narrow path or bridge crossing the river. The overall style is expressive and colorful, with a focus on natural elements and a sense of depth.

Las mejores poesías
de los mejores poetas
(1925)

Había olvidado el amor

Había olvidado el amor.
En mis recuerdos era un leño
que al arder, difundía suave calor.
Era un vino agridulce
mucho más sutil que embriagador.
Un máximo embeleso
y un dolor
más hipócrita goce que dolor.
¡Sé demasiado bien ahora
que había olvidado el amor!

Ya lo tengo presente
dentro de mí. Clava en mi corazón
sus garfios y en mi lengua
se traban el dolor y el terror.
¡Oh, Dios mío, cuánto había olvidado el amor!

Tengo hiel en los labios
y su quemadura es atroz.
Es un leño encendido
que al arder, arde en desesperación.
Se enturbian mis pupilas,
en mis labios secos se apaga la voz,
un cascabeleo de locura
me hace girar en derredor...
Caigo herida de muerte...
¿Quién logrará mi salvación?

Mi hija juega en el jardín

Mi hija juega en el jardín
y yo la miro quieta y triste,
triste de tanta dicha, triste
porque la dicha tiene fin.

Viene corriendo y se va luego
y me da un beso o una flor.
Su voz musita a vez un ruego,
a vez un mimo encantador.

Es la más linda de las flores,
en ella están dicha o dolor...
¿Qué han sido todos mis amores
comparados con este amor?

No pienso en destinos amargos
ni en que las cosas tienen fin,
pero quisiera largos, largos
estos momentos del jardín.

Hotel

Casa de todos
o casa de muchos.
Cada cuarto es una familia,
una costumbre a veces,
a veces una nación distinta.

Mal simula una casa
la pared fría y enemiga
y las camas donde no hay sueño
ni reposo para la fatiga.

Todo lo tenemos, las mantas,
las mesas, las sillas.

Si llamamos, vienen a nos
servidumbres solícitas
y si abrimos los blancos grifos
mana acariciadora y blanda
el agua tibia.

Espejos, editores múltiples,
después de muchos otros nuestros rostros editan,
y el ropero ofrece fugaz albergue
a nuestros abrigo y chalinas.
Todo está presto, y nos demuestra
una especie de hipócrita alegría
que ya dio antes a otros
como una prostituta sabia en mentiras.

Odíamos el hotel con sus luces varias
en la alcoba poblada de sombras idas.
Hace frío en la pieza cerrada
y en el lecho es áspero el hilo que cobija.
Aborrecemos al viandante
que dejó esa mancha en la cortina,
y como si fuese de resorte
nos rechaza el sillón con su tela amarilla.

No agradecemos su aderezo
ni en acogernos bien, su prisa,
y nos marchamos justamente
cuando empezábamos a ser amigos,
amigos de toda la vida!

Te vas

Te vas.
Esta vez no he logrado hacerme amar.

Te vas.
Con tu antorcha de cabellos rubios,
te vas...

Te vas.
En un largo camino,
dormido en los brazos del mar.

Te vas,
y me llevas contigo
sin saber, sin querer... ¡por fatalidad!

Te vas...
Mis labios se quedan inertes
de mi deseo de besar.

Te vas.
No aprendió en ti mi espíritu
más que el dolor de amar.

Te vas.
No logré asirte.
Tendí los brazos sin lograr...

Te vas.
Mi espíritu incauto
se arrojó en vano en tu profundidad.

Tus olas le agitaron,
pero es océano insondable
tu mar...

Te vas.
De rodillas me quedo
y rezo, aunque no sé rezar,

por la boca que no fue mía,
por la imposibilidad eterna,
por mi perpetuo sollozar.

Te vas.
Yo no hago ningún ruido.
Estoy pálida, quieta,
aguardando el instante, no más...

¡Te vas!
¡Quién pudiera prenderse en tus ojos
como a un horizonte de eternidad!
¡Quién pudiera seguirte en el barro
al que vuelves espíritu, luz y verdad!

Te vas...
Mujer, en desesperado sollozo
digo de mi debilidad.

Te vas...
¡Maldigo la gracia doliente
que no consiguió hacerme amar!

Te vas...

Interior

Suman penas mis nostalgias.
Hace frío, llueve, hay viento.
La vida plena en mi alma
y el corazón descontento.

Lograda en puño nervioso
la felicidad sostengo.
Mis hijos ríen en coro...
y el corazón descontento.

De toda la dicha grande,
nada se fue entre mis dedos,
pero se escapó una brizna
y el corazón descontento.

Por una brizna tan solo,
por una brizna, padezco,
y con juventud y amores
el corazón descontento.

Chisporrotea la llama,
la llama que es mi elemento.
Nunca ha quemado mi piel...
y el corazón descontento.

Los dedos que mis mayores
hilo en la rueca tejieron
maltratan el corazón,
el corazón descontento.

Los dedos ociosos, y,
como fragua el pensamiento.
¡Oh rueca de mis mayores!
¡Oh corazón descontento!

Tejeré largos tus hilos
con mis aguzados dedos
y ataré mi corazón,
mi corazón descontento...

Deseo

Deseo,
tortura indescriptible,
¡o te mato o me muero!

Deseo...
¡No te logro arrancar
ni del tormento de mi sueño!

¡Soy toda tuya, toda tuya
y del demonio poseída,
deseo,
te entrego mi espíritu indefenso!

Mi clamor delirante
atraviesa el silencio.

Inmóvil, de pie en tu corriente
me arrastras hendiendo mis esfuerzos.

El peso de tu garra
se me clava en el pecho
y en el rostro, como una mancha de ónix
tu risotada de desprecio.

Deseo de la estrella filante
que dejó como un polvo de oro en mis dedos,
del agua clara de la fuente
que hizo la sed en mi desierto...

Deseo,
te mato yo o me muero!

Un cuartito de hotel...

Un cuartito de hotel, lindo y desconocido:
horizontes azules, focos esmerilados
en donde entramos juntos, absortos y turbados
por el fiero imposible que habíamos vencido.

Él me besó en la boca. Yo le entregué rendido
el cuerpo frágil, dulce, de niño extenuado...
¡Oh, reposo indecible después de lo pasado!
¡Oh, delicia inefable después de lo sufrido!

...Yo no sentí rubor de mi carne desnuda.
Me ahogaba la dicha como una mano ruda
y el cristal de mis ojos se enturbiaba de llanto,

mientras él, de rodillas, con sus besos furtivos
abrazaba el marfil de mis pies sensitivos
con la fiebre ardorosa de su boca de santo.

Berceuse

Duerme. Tus juguetes se durmieron ya.
Si la niña duerme, dormiré mamá.
Y, ¡pobre mamá! bien lo necesita!
¡Se doblan los brazos de la mamaíta!
y aunque eres en mi alma un montón de luna,
te mezo, te mezo tierna y fatigada...
¡Duerme, mientras llenas de luna mi almohada
y vuelves contigo de plata la cuna!

Duerme, que después, ¿dormirás tan quieta
como duermes entre mis brazos sujeta?
¿Dormirás tan dulce, tan hondo dormida
como ahora duermes al seno prendida?
¡Duerme mientras puedas! Más tarde, bien mío,
te dará el amor vivo calofrío,
te desvelará con sus inquietudes
y terrible guerra dará a tus virtudes.
El Deseo en llamas quemará tu lengua
y la desazón te infligirá mengua
y del desengaño la desilusión
hará nido muelle de tu corazón.

¡Duerme mientras puedas! Arrorró, mi vida!
¡Qué dicha mirarte, dormida, dormida!
Más tarde, después, arruga primera
darás desazón a la mi hechicera.
La primera cana te dará tortura
y te oprimirá como sogá dura
y el sueño, arrorró, no vendrá jamás...
Duerme, que después ya no dormirás.

Duerme, que más tarde tus bracitos breves
serán cuna de otros fardos así leves,
y cuando tus ojos se cierren cansados
has de abrirlos luego, grandes y asustados
porque tu bebé te despertará
como tú despiertas ahora a mamá.

Duerme, que también yo quiero dormir.

¡Mis brazos son frágiles para resistir!
Y te dejaré caer, pobrecita,
en aquel rincón con la muñequita,
entre tus juguetes, gatos y corderos,
¡gloria la de tus amores primeros!
Y desde un rincón el toro vendrá
y en castigo, fuerte, fuerte, mugirá!
Comerá muñeca, comerá niña,
llorará solita, ¡pobre mamaíta!...

Se durmió. La acuesto. Su cuerpo en la cuna,
fulge leve, como si fuera de luna.

Magdalena

Magdalena frágil de ahora,
ojos de sol y cabellos de aurora,

toda encendida en loca pasión
de nervios, no de corazón.

Rubia y extraña Magdalena,
blanca como una luna llena,

que persigues tanto el amor
que te negó Nuestro Señor...

Magdalena loca y febril,
agudos dientes de marfil...

Como al demonio: «¡No amarás!»
—te dijo— y no amarás jamás.

Magdalena de la risa loca,
masca cenizas, cenizas tu boca.

Boca que no sabe del beso
todo renunciación y embeleso,

nunca derramaste la Esencia
con sublime magnificencia,

ni enjugaste sus pies ungidos
con tus cabellos extendidos,

¡ni le seguiste, ardiente y fuerte,
hasta la muerte, hasta la muerte!

Magdalena frágil de ahora,
rizos de sol, ojos de aurora,

toda éter y literatura,
iniquidad y desventura,

ni alegre, ni dolida,
ni amante, ni querida...

Bilitis

Bilitis, mentira de Bilitis, mentira.
Bella mentira griega, ninfa, mujer y ave.
Carne de amor, y como de amor, süave,
toda rosa de amor que danza y que suspira.

Bilitis, infantina desnuda entre sus velos,
inocente como una paloma enamorada.
Otra mirada azul encuentra su mirada
y se queja de amor y se queja de celos.

No se fijó en el aire fiero ni en dura lanza,
ni en el pecho de hierro, ni en los cortos cabellos.
Los amó desflecados, ondulantes y bellos
y se anudó con ellos su soberbia esperanza.

Amó el quejido leve y la piel suave y fina.
Las carnes de oro y rosa, los labios encendidos.
Quiso la boca dulce y la mano ambarina
y la buscó en los hondos crepúsculos dormidos...

Gustadora dilecta, no quiso la aspereza
y prefirió la boca que canta, besa y reza...
Gozó de los deleites más sutiles y fuertes
y virgen, conservó intacta su belleza
para donarse virgen aun a la misma muerte.

Bilitis, catadora de los raros placeres,
de los raros deliquios, mujer casta y ardiente,
el amor para ti, fue en labios de mujeres
un fuego fatuo, pero todo resplandeciente.

Bilitis, que gustaste de la blandura suma,
de la suma belleza en las cien actitudes,
dame de tus placeres blancos como la espuma
y enséñame la gracia roja de tus virtudes...

«La quiero porque la quiero»

«La quiero porque la quiero
—dijo el que así la quería—
Yo que de su amor me muero,
la quiero porque la quiero...
¡Otros motivos no habría!»

«Como una flecha es vibrante!
—de ello tal vez la querría—
Me gusta el alucinante
vibrar de su fantasía...
¿Por qué no amé flechas antes
si por ello la querría?»

«Es clara como un lucero,
—de ello tal vez la querría—
Y me gusta el altanero
desdén de su bizarría...
¿Por qué antes no amé un lucero
si por ello la querría?»

«Amo sus risas cruentas
—de ello tal vez la querría—
Me gusta, en herir sangrienta,
su risa sin alegría.
¿Por qué no amé risas cruentas
si por ello la querría?»

«Es triste como la pena
—de ello tal vez la querría—
Me gusta su frente llena

de aguda melancolía.
¿Por qué antes no amé la pena
si por ello la querría?»

«Es blanca como la luna,
—de ello tal vez la querría—
¡Me gusta como la luna!
¡No amaba tanto a la luna
cuando a ella no la quería!...».

El erudito

Una sala cuadrada
y un silencio de piedra,
y en los libros oscuros
ciencia...

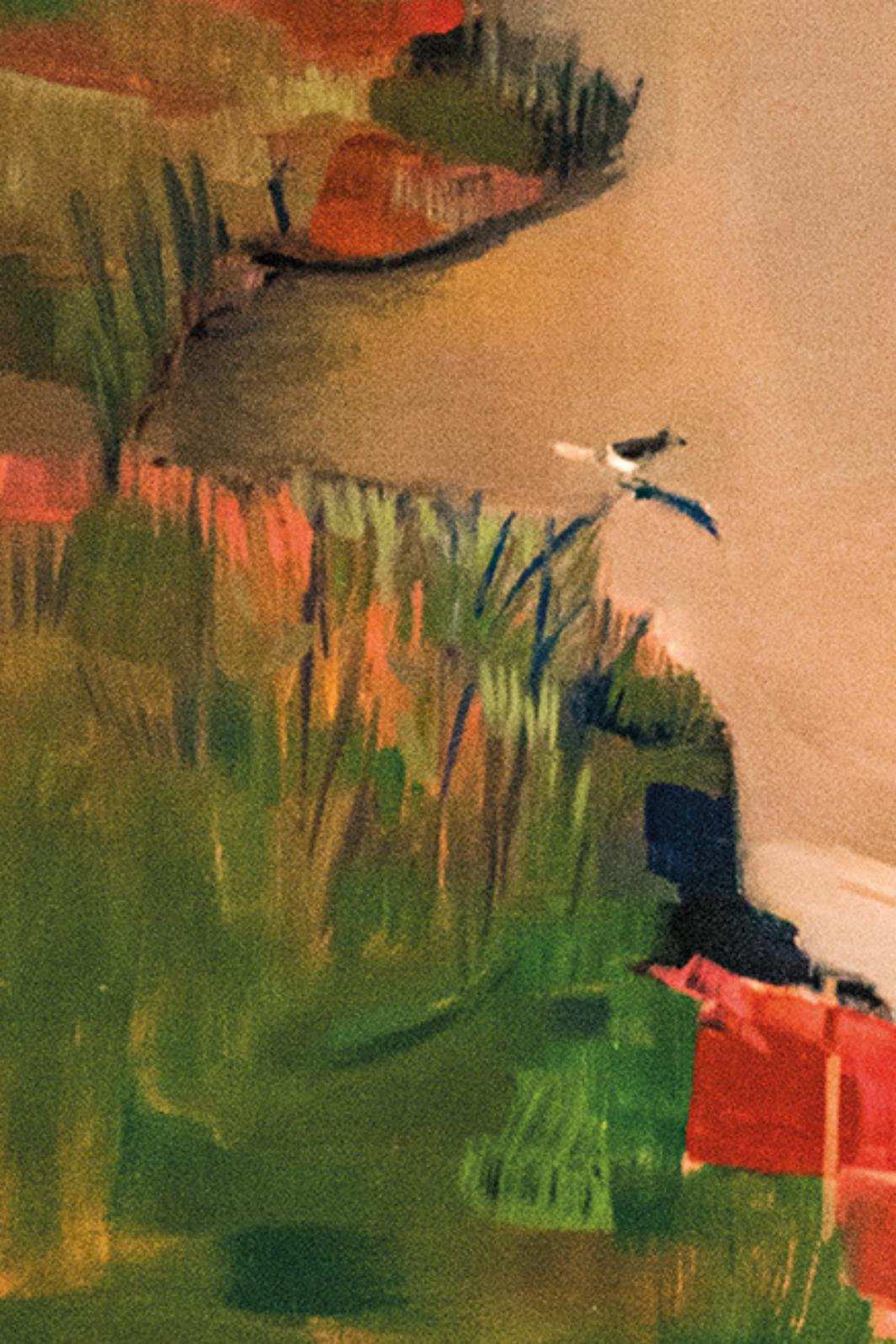
Tanto libro da miedo,
grandes son o menguados,
pero en todos un hombre
su pensar ha dejado.

¡Cuántas cosas oscuras!
¡Cuántas cosas radiantes!
La razón en instantes,
en instantes locuras!

Y un hombre allí en el medio
más pálido que un muerto
con el cerebro en llamas
y el corazón desierto.

Habla bajo su lengua
dentro la boca dura
que ha besado su amante
sin entibiarla nunca.

Una sala cuadrada
y un silencio de piedra...
un corazón que late
su tinta espesa y negra.



An abstract painting with a textured, grainy surface. The background is a mix of muted green, light beige, and dark brown tones. There are several horizontal brushstrokes in a vibrant orange-red color, some of which are thicker and more saturated than others. The overall composition is layered and expressive, with a sense of depth and movement.

Sus mejores poemas
(1934)

Madrigal de mujer

La fortuna te dio su escaso privilegio.
Van sus cadenas áureas a tus manos prendidas
tornándote más bello su extraño sortilegio...
¡Y tu ambición recela que es poco aun, mi vida!

Los honores doblaron en reverencia grave
su multitud de frentes a tu valer rendidas.
Besó tus pies la gloria con su gran beso suave,
¡y tu ambición recela que es poco aun, mi vida!

En tus venas elásticas, la sangre azul circula.
Ni una gota bastarda halló en ellas cabida.
Tu escudo en campo azur el de un infante emula
¡y tu ambición recela que es poco aun, mi vida!

Motivos del hijo pródigo

I

«Te amo más, mi hijo Pródigo, que al otro, mi hijo Fiel.
Porque me abandonaste te amo más que a él.
Porque me abandonaste sin dolor y te fuiste
sin volver la cabeza al sitio en que naciste;
porque en tu despedida no hubo gesto cobarde
ni humedeció una lágrima tus ojos esa tarde...»

Dejaste el lecho blando que recogió amoroso
tus gentiles fatigas de adolescente hermoso
por la piedra y la paja dura de los caminos.
¡Pájaro en libertad, quisiste ensayar trinos!

«Soy rico sin embargo. Tú también, hijo mío.
Desde niño fue tuyo el cordero mejor
¡y cuántas veces vimos los dos, el calofrío
de la envidia, en los ojos de tu hermano mayor!»

«Presentía que habías de marchar sin recelo
desdeñando en la mía, la bendición del cielo!
Te fuiste; yo lloré. Nunca lloré, tú sabes:
no se alteró al morir tu madre mi rostro grave,
pero lloré por ti. Nunca te he amado tanto,
como así, desafiando mi cólera y mi llanto.
¡Y hoy vuelves! Dame tus sandalias. Yo quiero
sacudir en mi mano ese polvo ligero
que me enseña caminos que tu planta pisó.
En Invierno y Verano nieve y sol te esquivó».

II

«Ella trepó contigo por abruptos senderos
y adherida a tu pie flexible y vagabundo,
derrotando el cansancio de tu paso ligero
te acompañó por todos los caminos del mundo».

«No encuentro una palabra de reproche y te miro,
te miro a las pupilas que se han vuelto más grises
de mirar tantos cielos ¡de otros tantos países!
¡Porque no fui contigo, hijo mío, suspiro!»

«¡Que no me odien los siervos que miraron mi llanto!
¡Hijo mío, el mayor, tú que me fuiste fiel,
perdona si no puedo amarte como a él
y perdónalo a él porque yo lo amo tanto!»

«Sacrificad corderos, sacrificad palomas
y alabemos a Dios porque ya lo he encontrado.
A la mujer más bella por mujer suya toma
porque ya nunca más huirá de mi lado!»

* * *

Se matan cien palomas. Se rezan tiernas preces
pero el viejo que llora a su hijo abrazado,
sabe, que al otro día quizás se habrá marchado
sin mirar hacia atrás, como las otras veces.

Juega como los pájaros y el viento

Juega como los pájaros y el viento
y yo, como los pájaros y el viento
le traje a mí cuando me di al amor.
Juega como los pájaros y el viento
porque toda la tierra es su elemento
aunque le cerquen ya muerte y dolor.

No podrá defenderlo tu ternura!
Es bello el sol, pero la tierra es dura...
¡Teme al amor! Huye al amor, mujer!
La nube es clara, pero el hombre es fiera
y ¡ay! es mejor que en tus entrañas muera
que bello es ser, pero es mejor no ser.

Berceuse

Me estoy durmiendo poco a poco,
me estoy durmiendo sobre el mar.
Un hierro solo me separa
de su viscosa inmensidad
y yo me duermo poco a poco
con blando y dulce cabecear.
¿Vendrá el naufragio si me duermo?
¿Me tragará dormida el mar?
¿Morderé perlas, algas, conchas
en un futuro despertar?
¿Conversaré con las sirenas?
¿Algún tritón me abrazará?
¿Iré a las fiestas de Neptuno
en un carruaje de coral?...
En la litera pequeñita
mi corazón dormido está.
No más que un hierro me separa
de su viscosa inmensidad.

El muerto cruel

Suena su voz que murió
en mi oído nuevamente.
Para que nunca te olvide
tú retornas de la muerte.
Tocas mi memoria infiel
y te marchas de esta vida.
Muerto de mal corazón,
¡los muertos no resucitan!

Versos de amor

1

Dentro de todo es dulce
vivir como yo vivo
pendiente de tu amor
como un globo cautivo.

Corre el mundo a mis pies,
pero yo no lo siento:
solo tu amor me agita
como un ligero viento.

Tú de lejos sostienes
sus hilos temblorosos,
yo de lejos te envío
sonrisas y sollozos...

2

Tienes la maldad fría y sutil del veneno,
sabes la muerte lenta que dan en los infiernos
y sabes además que por eso te quiero!

Amargas el brebaje que tiendes con los dedos,
echas sal en mi pan y en mi goce echas miedo
y sazonas el filtro del amor porque muero!

Aprendiste a hacer deseable el infierno,
sabes hacer amable la caricia del fuego
y sabes el secreto de hacer mi amor eterno!

Conoces la manera de ceder al deseo
para que sus raíces no perezcan sin riego
y eternizar el río sediento de mis besos!

3

Tu letra es como tú, firme, ruda, sincera:
tu letra es cruel y mala.
Te amas más en tu letra que no ha temblado nunca
que en la vanidad fría de tu carta.

Te amo, y aborrezco tus cartas y tu letra,
la letra con que escribes tan hondo amor en mi alma.

4

Copa de cristal pulido
bebo, bebo y no me embriago,
con sabor a corazón
y sabor divino a labios.

Bacante soy de una orgía
deliciosa y no me exalto.
Ruedan abiertas las rosas
sobre mi corpiño intacto
y yo bebo y bebo más
el licor que sabe a labios.

Maravilloso licor
del que ya he bebido tanto

sin que se alteren mis venas,
sin que en mi mente haga estragos.

Centellea, como dos
ojos negros en mi vaso,
prende infinitas antorchas
en mi corazón helado
y arrastra mi pensamiento
hacia caminos fantásticos.

Bebo, y no estoy ebria no.
Muerdo el cristal de mi vaso
y hago trizas los espejos
que miran y estoy mirando.
Me sumerjo en mi licor
como en olas de cobalto
y aunque bebo, no me estalla
roto el cerebro en pedazos...

Disuelvo mi pensamiento,
licor con sabor a labios
y en tus olas de emoción
toda voluntad deshago.

Centellear de ojos ardientes,
aunque muero, no me embriago,
y aunque he disuelto mi vida
en la copa de tus labios!

5

Junto a mi vera un camino,
y aquí tranquilos mis pies
y no me llevan consigo!

Me incita a mi lado el mar
y un barco a la vela presto
y no me voy a viajar.

Me consumo deseando,
y tu boca guarnecida
de besos, aquí a mi lado!...

Pero entre mi alma y tu alma
hay una pared muy alta...
Tú sabes cómo se llama!

6

Ya nada más. Miro borrosos
los negros días del pasado.
De tu semblante tan amado
no queda un rasgo tembloroso.

Tu nombre no turba el reposo
de mi corazón fatigado
de haberte tanto y tanto amado
con amor hondo y silencioso.

Libre de fiebre al fin me siento.
Mi corazón libre camina
endeble, pero indiferente,

y es la vida espejo pulido
donde contemplo consumido
mi rostro convaleciente.

7

Mi corazón acoge al amor sin reserva.
Le acaricia los rizos con blandura inefable
porque le sabe niño, porque le sabe amable
y porque aquella cruel juventud le recuerda...

Mi corazón le acoge con pausa dulce y fría.
Besa sus labios dulces sin temblar, y le deja
jugar con el carcaj y la saeta vieja
apuntando en el blanco de mi alma vacía.

Pobre amor! Pobre niño! Mi rencor no te alcanza,
pero no hace surgir la más leve esperanza
el murmullo que siempre derramas en mi oído.

Mi corazón repudia tus besos inocentes,
y aunque mis manos buenas te acaricien clementes,
ya no eres para mí sino un sueño perdido!

8

Te odio. Lo digo con la unción enorme
con que dije te amo.
Pasaste de un extremo al otro extremo,
sin transición, de un salto.
Ayer no más te amé y hoy te aborrezco
y apenas he cambiado.
Siempre sueño contigo por las noches
con hondo sobresalto.
Siempre y sin darme cuenta, me detengo
muda, ante tu retrato.
Siempre que miro un árbol en las tardes
es que te estoy mirando,
siempre que no respondo a una pregunta

es que en ti me distraigo,
y siempre que se nubla en mí la vida
y que quiero morir, estoy pensando
en aquel roce silencioso y último
de tu mano y mi mano...
Todo es igual, pero antes amor era
y ahora es odio en cambio.

9

Tienes la frialdad horrible de una estatua,
de una estatua de piedra en un jardín dormido.
En vano echo a tu cuello las dos serpientes blancas
de mis dos brazos blancos: nada puedo contigo!

Me tienta el espejismo de tus ojos de acero
y me doblo ante el frío rayo de su mirada.
Si levanto la voz, en sus focos de oro
como un collar de vidrio se quiebran mis palabras.

Pecho de hierro donde se golpean mis puños
hasta sangrar... Te amo, y me muero de anhelo.
Yo no soy sino el hilo de un deseo que asciende
de un amor a tus pies como un nudo deshecho!

10

En tus ojos profundos
está todo mi mundo.

Allí está mi secreto
en tus ojos sujeto...

Busca en ti y no en mí y hallarás
el porqué nunca hallé, dicha, paz.

11

Porque me quieres me torturas
y ya eras dueño de mis días
y siempre habrán mis alegrías
de entremezclarse de amarguras.

Porque me quieres, no venturas,
sino dolor, melancolías.
Porque me quieres, nunca mías
la tarde azul, las noches puras...

Porque me quieres me atormentas.
Porque me quieres, con violentas
y crueles manos, hieres, hieres.

Porque me quieres, va muriendo
presa de vértigo tremendo
mi corazón, porque me quieres!

12

Cuando es muy dura para mí la vida,
te miro entrar por esa puerta abierta
y es la visión tan nítida y tan cierta
que hago mía otra vez la dicha ida.

Tiembla mi mano de la tuya asida,
se alza de nuevo mi esperanza yerta
y revive en tu amor mi vida muerta
a todos los halagos de la vida...

Otra vez vivo y otra vez me muero
cuando mi boca estrechas con tu cabo
en cruel y pasajera fantasía

para desvanecerte tan ligero,
que despierta otra vez, mi mano toca
la puerta a que no llegas todavía!

13

Amor que te me niegas, espera aun, espera,
soy joven todavía.
No cruces a mi lado sin detener el paso,
soy joven todavía!

Ni una arruga me cruza la frente melancólica
sin tu caricia fría.
Entre mis manos frágiles tu angustia y tu deseo
cabrían, sí, cabrían
y si acaso las mueves, mi mano aguda y pálida
sé que se prestaría
a la caricia tímida o a la caricia cruel
que tú le enseñarías.

Mientras las animaste, en mis pupilas jóvenes
la dicha sonreía.
No supe de otros goces ni de otro dolor supe
que el que de ti venía.
Solo de amor lloré, solo de amor sufrí,
solo de amor reía.
Tú que mi vida fuiste, nunca pensé, oh ingrato,
que me abandonarías!

Invéntame torturas, pruébame en mil fatigas,
todo lo sufriría
porque de nuevo amo, se abraza en tu calor
esta mi vida fría...
Amor que te me niegas, espera aun, espera,
espera todavía!

Invitación al viaje

1

Yo cogí para olvidarte
el barco que iba más lejos.
El de las jarcias más recias,
el de velamen más suelto,
el que con más suave andar
era el mejor marinero.
Yo cogí para olvidarte
el barco que iba más lejos.

Oh! suavísimo viajar
hacia el ignorado puerto
por carreteras de mar
y neumáticos de viento
mientras voy echando al agua
trocitos de tu recuerdo.
Por eso es que cogí el barco
que se marchaba más lejos!

Pasajera silenciosa,
recojo mis pensamientos,
los lavo en agua de mar
y como nuevos los dejo.
Para lavarlos mejor,
cogí el barco que iba lejos...

Y una mañana me ofrecen
en una bandeja el puerto:
azucarillos de casas

y chocolate de negros
que llevan entre sus manos
los más rubios marineros,
que por eso cogí el barco
que se marchaba más lejos.

Hombres pálidos, me deis
amistad y amores nuevos:
palmeras, me echéis al rostro
vuestro hálito de desierto
que para hallaros, cogí
el barco que iba más lejos.

Luna, acércame a los labios
tu blanco disco de hielo
y disuelto en agua fría
vaya a refrescar mi pecho,
que por eso cogí el barco
que se marchaba más lejos.

Ya siento sobre mis sienes
el milagro de tus dedos!
No importa que nuevo amor
me dé nuevos sufrimientos...
oh, silencioso viaje,
jarcias y velamen sueltos,
por eso he cogido el barco
que se marchaba más lejos!

2

Parece pequeño el mundo
cuando se viaja!
como que andamos a grandes zancadas
por sobre el mapa!

Nos enseña geografía
el barco, sobre las aguas.
Un país, otro país
y de pronto el sol se para
clavando sobre nosotros
ojos furiosos de llama...
y las palmeras estiran
largos cuellos de jirafa
para mirarla, devotas
y lánguidas y empinadas.
Cuando viajamos creemos
en el milagro del mapa
y en la línea equinoccial
que peina al mundo en dos bandas.

3

En dos trozos parte el barco
el lienzo azul de la mar.
¡Qué bien que se va en un barco,
qué bien que en barco se va,
hacia la ilusión de un puerto
que no hemos visto jamás!

Como un elefante manso
se deja el mar cabalgar
aunque se ha tragado barcos
y aunque nos puede tragar...

Somos en la noche negra
como una estrellita más
que ha resbalado del cielo
y se ha caído en el mar.

Como un gato orienta el barco
su paso en la oscuridad...
¡y el torreta de la luna
que se olvidó de alumbrar!

El torrero de la luna
ebrio se habrá puesto ya
y las estrellas, sus hijas,
se cansan de guiñear,
de guiñear al torrero
para que suba a alumbrar.

En la noche y sin torrero
el barco impasible va
esquivando nuestros cuerpos
a la codicia del mar.

Solos a merced de Dios...
qué bien que en barco se va,
con un puerto hacia nosotros
y un puerto que queda atrás...

En las manos de la muerte,
sobre el asombro del mar,
héroes de la inconsciencia,
qué bien que en barco se va!

4

Ya se acostumbra mi pie
al suelo inestable y frío.
Hace veinte días ya
que sobre un barco camino
y el viaje no me depara
sino lo mismo, lo mismo.

Ya maldigo de este viaje,
¿en dónde está lo imprevisto?
¿qué se me da a mí de puertos
iguales, aunque distintos?
¿qué se me da a mí de gentes
nuevas, y todas lo mismo?

El cielo está siempre azul,
el mar está siempre limpio,
en el espejo de siempre
parecido rostro miro.
Siempre el corazón latiendo
y siempre el mismo latido...

Pero al fin me dio ventura
la voz de un desconocido.
Una mirada no más
y yo suya, y él ya mío.

Nunca nos dijimos nada
de lo que los dos queríamos,
pero me pareció el mar
de un claro azul más distinto.
El cielo era como nuevo
y el barco como no visto
y en el espejo de siempre
era mi rostro distinto.

Ya puedo viajar cien años
porque encontré lo imprevisto:
no fue sino la mirada
azul, de un desconocido.

5

Luna del trópico, ancha y derretida como la mantequilla en verano. Cielo azul sin nubes, con reminiscencias de sol, aun a media noche. Palmeras del trópico, delgadas como una mujer joven: senos pequeños y caderas lisas como una adolescente. De noche alzáis en alto vuestras cabelleras verdes y flotantes, empinándoos en la punta de los pies, y al borde de las playas estrechas y lisas, parecéis grandes sirenas encantadas.

Desnuda bajo mis sedas chinas, se adormece mi cuerpo sobre el puente, se adormece de laxitud, y mis deseos despiertan inquietos.

Alrededor de mis senos y de mi vientre, entre mis muslos lisos y pegados, circula una larga serpiente cuya caricia atroz y dulce, me produce escalofríos hondos. A momentos aletea su hocico como una mariposa sobre mis labios apretados. Me rodea los brazos para inmovilizarlos, y con su lengua fina, lame mis pezones erectos en busca de leche. Por entre mis rodillas ceñidas continúa circulando, leve como un soplo, y sensible como una caricia inteligente.

La luna simula el ojo dilatado y blanco de un moribundo.

El mar, un mar que es una sombra, respira con blandura...

6

Redonda y blanca la luna
tiende su puente imposible
por entre la noche oscura.

Nadie se lanza por él.
Ya no somos los románticos
adolescentes de ayer.

La luna nos hace señas
con su foco de luz fija:
ya no creemos en ella.

Se agotó la fantasía.
Ya no le contamos nada,
ya no es nuestra luna amiga.

Llevamos amores dentro,
pero la luna no sabe:
nos hemos vuelto discretos.

Aprovechando del ocio
de nuestras noches de mar,
quiere volver por nosotros.

Mentiroso disco blanco,
ya no creemos en ti:
crecimos ya demasiado.

Riela la luna en el cielo
y con trémulos de luz
nos tiende puentes de ensueño.

Viaje que nos vuelve niños
románticos... Ya miramos
a la luna con cariño!

Si el viaje se prolongara,
nos cogería la luna
entre sus mallas de plata.

7

No mira nunca atrás el emigrante,
siempre mira adelante...
Volvió la espalda a todo lo que amó...
No mira atrás, a su dolor.
Con la pipa apuntada en la boca
parece una gran piedra, una roca
que renunciara a todo movimiento
y a todo sentimiento.
Él va solo en el barco a descubrir su América,
—la fortuna feérica—
Es un héroe todo el de la aventura
y la revolución en sus ojos fulgura.
Él nunca más verá este mismo paisaje,
él es el verdadero héroe de este viaje
que nosotros hacemos en costoso pasaje
ligeros y románticos, de vuelta a nuestro hogar.
Él se arrojó de bruces en brazos del azar!
Marcha a una tierra esquiva donde nadie le espera,
donde no llorarán por él, si se muriera...
No mira nunca atrás el emigrante,
siempre mira adelante.

8

Todos vienen, París, a ti
Yo, como tantos, he venido.
Mira que mucho han ofrecido
lo mismo que a otros, a mí!

Ya tu piedra negra sentí
debajo mi pie conmovido,
oh!, cómo temo haber venido
también inútilmente aquí!

Cruzo tus calles, pensativa.
El Sena mis ojos esquiva
como una viscosa alimaña
y la torre Eiffel a mi lado,
en alto el brazo deslumbrado
es una copa de champaña.

9

Doce días de andar el barco
para arribar al puerto.
Como un animal fatigado
se arrima al malecón desierto
y respira (roncos pitazos)
arrojando, humo negro, el aliento.

Pobre barco! bestia cansada,
sobre su lomo me paseo
acariciando suavemente
su crin de maderas y hierro.

El puerto se ha inmutado apenas,
está tan habituado el puerto
al acezar desfallecido
de los grandes camellos del océano!

Sudan chorros de agua sus ijares
y compadecidos los negros
desfilan, entrando en su vientre
por cientos,
llevándole cestas cargadas
de oscuras frutas, carbón, su alimento.
De lejos, es un edén verde y oro
la estampa luminosa del puerto.
Llegan barcos de sitios próximos

con menos jadeo en el pecho,
África blanquea las casas
y dora y endulza los techos.
Indios, negros, blancos, y la inquieta
curiosidad del extranjero!

Desde el corazón de las calles
miramos el mar con recelo
y apegado a los muelles, cansado,
nuestro bondadoso camello
ahíto de carbón, se duerme
con los ijares secos.
Mañana de alba, descansado,
estará en movimiento
hacia un puerto mejor, hacia el puerto
donde está fijo nuestro ensueño
y donde dejaremos, ingratos
a la bestia de jarcia y hierro
sin volver los ojos a ella
ni dedicarle ni un recuerdo!

10

A Colón lo ha inventado Picasso.
Es un cuadro en el suelo.
Para mirarlo bien, dan ganas de pararlo.
Oh!, museo excesivamente calefaccionado!
Negros de Colón, qué zambos,
qué feos, y qué bien pintados!
Negros de Colón, bajo un cielo azul
y sobre un suelo blanco!
El mar, de tanto hervir, vive apenas
y está pálido y manso.
Lame las playas sin rumor
y deja los peñascos intactos

sin ese alarde de furor y arena
que deja en otros sitios su abrazo huracanado.
Amores de Colón. Amores
de negros y blancos.
En el ambiente hay olor a amor salvaje
como en París, olor a amor civilizado.
Mercaderes de las Mil y una noches
que enseñan a los ojos asombrados
las sederías estupendas
de los antiguos califatos.
Y el Canal de Panamá
y los marineros rubios y blancos...
Colón es un lienzo en el suelo
firmado por Picasso.

11

Sobre su superficie lisa
(no tiene más que una meseta)
un vientecillo se desliza:
abanico de una coqueta.

Abanico dulce que agita
el vientecillo perfumado,
por tantas manos manejado,
que el ardor del verano evita.

Sueña tranquilo el español.
Ningún imposible desea
como no le quiten el sol...
un sol de brasas que caldea.

Maneja blondas la española
sobre la cabellera ardiente.
La peineta es sobre su frente

como una pagana aureola.
Hay sitio para don Quijote
que pasea de extremo a extremo
a la zaga de Sancho el memo
conversando con Lanzarote.

Cristo preside en toda cosa
siempre coronado de espinas...
(coronémosle al fin de rosas
y arranquémosle las espinas!)

La Virgen toda engalanada
los amores castos preside
celestial y desdibujada...

Procesiones funambulescas
cruzan graves en los entierros
por que se perdonen los yerros
al que yacerá en tierra fresca.

Mientras que sádicos empañan
abajo la arena del ruedo,
donde el caballo heroico y quedo
se deja vaciar las entrañas.

España torera y sensible!
Única tú, rincón romántico
del romanticismo imposible...
¡perdona lo burdo del cántico!

Lo balbuceo enamorada
de ti, mi España, España mía,
saeta de melancolía
que llevo en el pecho clavada!

Interior

1

Tengo dos hijos, y tengo
un muñeco.
Todavía juego yo, todavía
también juego.
¿Juego? No, jugar es risa
y alegría y movimiento.
Con el muñeco en los brazos
me siento.
Tiene los ojos rasgados y tristes.
Es un muñeco
de comisuras caídas
y como yo
joven, viejo.

Mira de soslayo, y...
¿pensará mucho el muñeco?
Su carne de trapo palpo
y a veces le doy un beso
muy leve, sobre la frente
que no siente y que yo siento.

Mira la vida sentado
con amargura y despecho.
Su mundo es mi corazón.
¿Qué verá el muñeco dentro?

Hoy vi reír a una chiquilla.
Qué dientes claros! Qué luz clara
sobre su simpática cara,
sobre su dorada mejilla!

Mi ojo pálido y penetrante
la miró todo deslumbrado,
¿pero es que también reí antes
en un nebuloso pasado?

¿Y fue así tan fresca mi risa?
¿mis ojos así centellearon?
¿Tales relámpagos brotaron
estos montones de ceniza?...

Y hoy vi llorar. No es cosa rara
risa y llanto en un mismo día.
Joven era la que reía
como joven la que llorara.

¡Oh, desconsuelo juvenil!
Oh! ingenuidad desesperada!
¡Qué honda amargura reflejada
en aquel semblante pueril!

Y también antes he llorado.
¡Dichosos tiempos! Hoy que vivo
atenta al corazón cautivo
tan hoscamente reservado,

no sé llorar. Ya no me bebo
la sal del llanto con los labios.
Ya no disuelve mis agravios
en un licor que ya no pruebo.

Rostro de esfinge y de ceniza.
Espejo gris del desencanto
sin el claro sol de la risa,
sin la lluvia clara del llanto.

3

Esta noche, Noel, llegas cargado
con el bolso que tienes de quimeras.
No pases junto a mí, como quien pasa
frente al que nada espera.

Lo aguardo todo de tu fantasía,
tu prodigalidad es infinita.
Aun al más ambicioso satisfaces
por mucho que te pida.

Si te piden riquezas, tú las traes
de la alforja prendidas,
y encontró gloria el que te pidió gloria
y encontró amor aquel que amor pedía.

Sé de un dichoso que pidió dolores
y también se los diste.
Tus frutos son como los de la vida,
vario el color y varios los matices.

Quiero pedir con fe, como te piden,
los niños que te piden,
pero dame la fe, para pedirte
lo que voy a pedirte!

Si me lo das, me salvo, si lo niegas...
si lo niegas me pierdo,
porque es tan poco y a la vez tanto!
Noel, quiero un deseo...

Estamos más cerca, avancemos.
No huyamos su contacto frío
ni por rehuirle clamemos:
son suyos tu cuerpo y el mío.

Tu mano deshecha en la mía
apoye su rara entereza.
Busquemos la fría belleza
que ofrece la Selva Sombría.

No aferremos con mano inquieta
sobre nuestros hombros desnudos
la capa de vida sujeta
con los más vacilantes nudos!

Aderecemos la sonrisa.
No haya crispaduras el miedo...
Por no interrumpir, vamos quedo,
vamos sobre todo de prisa!

Un paso más, y ya seremos
o no seremos, mejor, nada.
La vida otra vez abarquemos
y dame la última mirada.

Quizás los caminos inciertos,
la eterna noche, el gran mutismo
la selva oscura y el abismo,
la quietud del eterno puerto,

son dulces. Vamos! Fiesta breve...
¿No era una fiesta al fin la vida?
¿No era hermoso el blanco en la nieve
de aquella montaña dormida?...

5

CASINO

Su palidez esparce la bola diminuta
por entre el apretado grupo de jugadores.
Nunca tuvo virtud tantos admiradores,
ni logró más amantes ninguna prostituta.

La hembra de marfil sigue corriendo, ciega,
y su rumor parece risa hueca y cascada.
Lleva el diablo en el cuerpo la hembra descocada
que se ha ofrecido a todos y a ninguno se entrega.

Las mujeres le ofrecen amor lesbio, temblando...
El demonio del ansia su cuerpo fustigando
la hace correr sin pausa sobre su propia huella.

Y cuando al fin, ahíta de deseos se para,
se escucha en la tiniebla la mano que dispara
del hombre o la mujer que se mató por ella.

Una balada de Goethe

—Entra, viejo! y en este gran salón silencioso
nos contarás el cuento que sepas, más hermoso.
Mi madre recogida está orando en su altar.
Mi padre el sanguinario lobo fuese a cazar.

Cántanos tu canción, cántala muchas veces.
Si la aprendemos, te pagaremos con creces.
Hace tiempo que habíamos de un bardo menester
para los niños es el oírlo un placer.—

«En una noche horrible, en la desolación
de un brusco asalto, noble y rica mansión
deja el conde, y también los tesoros que encierra.

Por los oscuros campos abandonados yerra.
Mas, algo lleva en su fuga precipitada
que envuelve estrechamente en su capa encarnada.
Es la pequeña niña a quien ha dado el ser».
Para los niños es el oírle un placer.

«Despunta el breve día. El bosque y el poblado
asilo a los errantes fugitivos ha dado.
Él mendiga por tiempos infinitos. Su barba
es de más en más blanca y de más en más larga.
En sus brazos creció gentil la criatura
como bajo la influencia de un signo de ventura.
Bajo el manto, al abrigo del viento y de la lluvia,
más blanca es cada vez y cada vez más rubia.
No ha vuelto a ver el cielo que la viera nacer».
Para los niños es el oírle un placer.

«Los años que caminan, descoloran el manto
que se cae a pedazos y que ha servido tanto.
Emocionado el padre contempla su belleza.
Feliz retoño de tan preclara nobleza,
y aunque anciano y mendigo, es más feliz ahora
porque la hermosa niña que él adora, le adora.
Solo por ella añora el esplendor de ayer».
Para los niños es el oírle un placer.

«Pasa a caballo un príncipe. Ella tiende la mano
para pedir la ofrenda que nunca pidió en vano,
pero él, en vez de dar la limosna pedida
coge su mano y dice: —«Dámela por la vida».
—«Es una maravilla de nobleza y belleza
—dice el viejo—, bien puedes convertirla en princesa.
Te casarás con ella antes de anochecer».
Para los niños es el oírle un placer.

«Un cura los bendice dentro la iglesia vieja.
Ella con gran placer y disgusto se aleja:
es feliz por el príncipe que camina a su lado
e infeliz por el padre que dejó abandonado.
Mientras, el viejo bardo que cantando camina
da placer con la pena que amarga le domina...
Yo también he soñado con ella años enteros,
con la que fue conmigo por todos los senderos...
Y en la amargura errante de mis días inquietos
en la dulce emoción de besar a mis nietos
que bendigo en la noche y en el amanecer...»
Para los niños es el oírle un placer.

Los bendice. De pronto, cruje la puerta afuera.
Es el padre que torna de matar a la fiera
y aunque corren los niños a besarle la mano
no logran eludir de su vista al anciano.
—¿En turbar con tu canto mentiroso te place

a estos niños, mendigo? Viejo loco, ¿qué haces?
Apoderaos de él por temerario, arquero,
y a la cueva más lóbrega, llevadle prisionero!—
La madre de rodillas sus súplicas murmura
para ablandar al príncipe que ha el ánimo tan dura,
y es deleitosa música su ruego de mujer.
Para los niños es el oírle un placer.

Mas, como los arqueros no osan llegar al viejo
se acrecienta la cólera del príncipe perplejo.
Los fuegos insistentes van su rabia acreciendo
y estalla al fin de súbito, el silencio rompiendo:
«¡Villana miserable que ha de mendigos raza,
eclípsate del real amparo de mi casa!
Me arrastró tu belleza a desigual coyunda
y a mi ruina por tanto, plebeya vagabunda!»
Los niños se han echado a llorar sin querer
ellos, que antes oyeran la historia con placer.

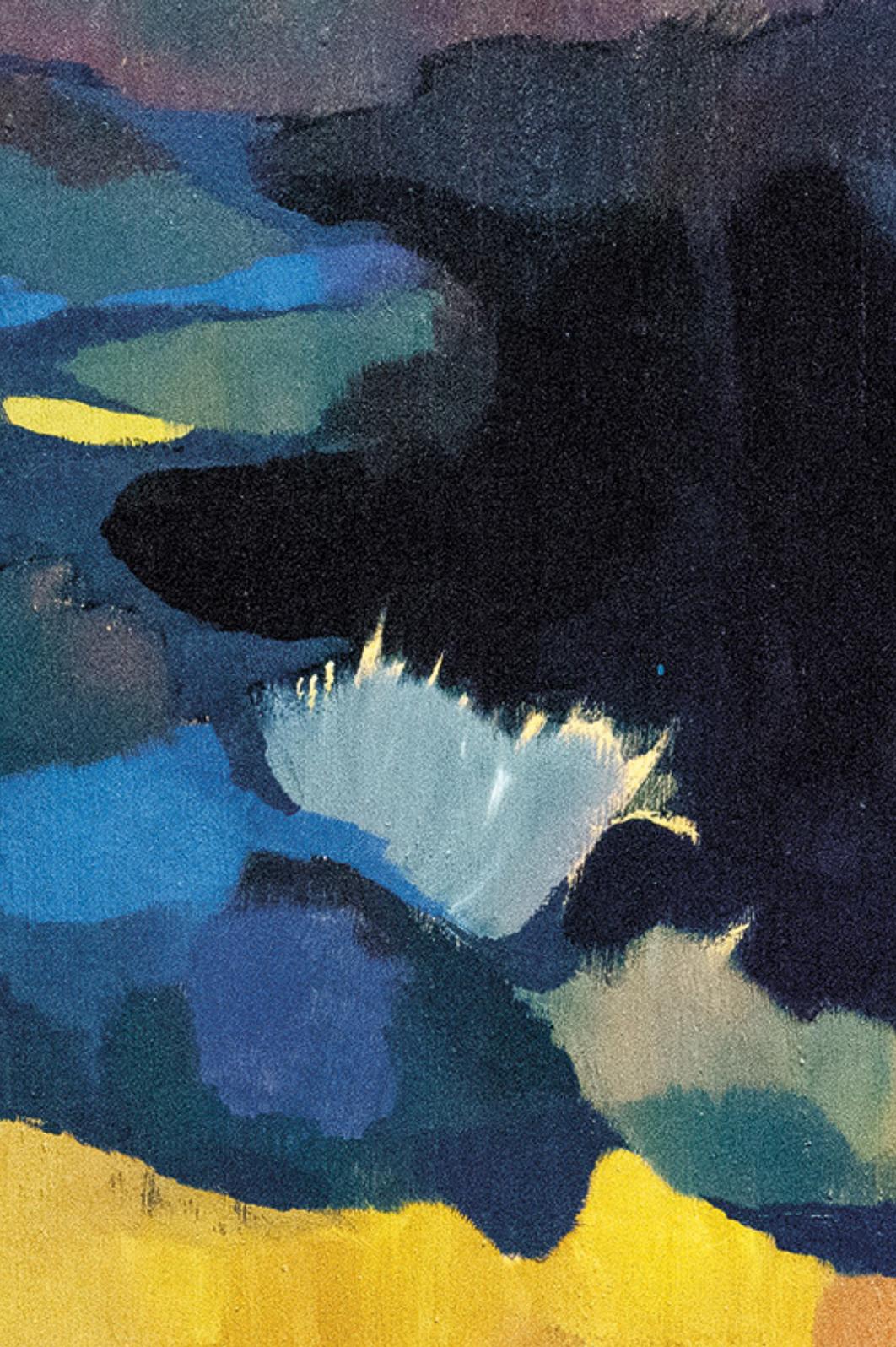
Mas, el viejo le escucha con frente levantada,
altivos, ceño y gesto, serena la mirada.
Los arqueros deponen sus armas silenciosos
y se escuchan afuera del viento los sollozos.
«Desde siempre he mi dicha conyugal maldecido.
¡He aquí los frutos que ella me había prometido!
No se aprende nobleza, y bien dice quien diga
que raza de mendigos me ha dado la mendiga!»
Los niños se han secado los ojos para ver
a su abuelo en el bardo, y no pueden creer...

—«Si el padre, si el esposo os echa de sus brazos
y rompe con vosotros los más sagrados lazos,
no lloréis tal infamia y veniros conmigo
que, quién sabe si puedo, miserable y mendigo,
y así débil y anciano, y así desposeído,
tornaros a la ilustre senda en que habéis nacido.

Este castillo es mío. Por tu maldita raza
me encontré sin dominios y mi hija sin casa.
Tengo prestos mis títulos y me podéis creer»—
Para los niños es el oírle un placer.

—Un rey piadoso y justo los derechos me ha dado
para recuperar el bien que me has quitado.
Soy pues el amo, pero depongo mis enojos...»—
Y agregó con la calma y el amor en los ojos:
—«La ley que yo os anuncio, será ley de dulzura.
Levántate, hijo mío, que tu estrella fulgura.

No para ti, mendiga, mendigos ha engendrado.
Princesa, solo sangre de príncipes te ha dado».
Tómala que es un príncipe quien hoy te da mujer»...—
Para los niños era el oírle un placer.





Últimos poemas
(1937)

¿Dónde se fue mi vida?

¿Dónde se fue mi vida
cuando se fue mi estrella?

¿Se huyó de mí, quién sabe,
o es que no puedo verla?

¿Es que me cogió el alma
una brutal ceguera?

¿Se ha anulado mi tacto
que palpa sin que sienta?

¿Mientras estás conmigo
me destroza tu ausencia?

¿Me llamas y me besas
sin que escuche ni sienta?

¿Me oprimes en tus brazos
mientras te sueño muerta?

¿Tú, huirte? ¿Tú, dejarme
en soledad inmensa?

¿O es la locura acaso
quien puebla mi consciencia?

¿Es verdad que te llamo
sin alcanzar respuesta?

¿Piso, inútil, tu amparo
mientras alguien me acecha?

¿Grito y tú no respondes?
¿Lloro y tú no me besas?

No, tú no me abandonas...
¡Yo me he tornado ciega!

Tú no me abandonaste:
fui yo como antes fuera...

Me llamas y no escucha
mi corazón de piedra.

La luz ya no me sirve
para verte con ella.

Mis manos ya no logran
palpar tu carne tierna.

Ni mis labios alcanzan
el beso que me entregas.

Perdí yo los sentidos
con que te adoré ciega,

y mi alma mutilada
que al no vivir no vuela,

me ha dejado una vida
que no alcanza a tu estrella...

¡No penetra tu grito
tras la muralla eterna!

Si lograra tu cielo,
o bien tu noche negra...

No quiero aire, si no es
ese tu aire de seda.

Quiero cortarte rosas:
las que en tus prados crezcan.

Quiero la noche oscura
en donde tu alma duerma.

Quiero tus mares hondos
o bien tu oscura piedra.

Quiero un hueco en la almohada
donde está tu cabeza.

¡Quiero ese cielo azul
donde acaso te encuentras!...

¡Reza dulces rosarios
con tus manos de seda!

¡Dale a Dios tu sonrisa
para que a ti me vuelva,

y a tu hermana la Virgen,
acércate, hechicera!...

¡Que me dé lo que tienes,
que me dé lo que tengas:

la vida en donde yazgas,
la muerte, estás muerta!

In memoriam

¡Muerta!, dicen los suyos, muerta dice la gente,
y muerta digo yo cuando la siento helada.
Y el sol alumbra como si no pasara nada
y sigue el corazón marchando indiferente.

No sé por qué no muero cuando beso su frente,
junto al mutismo trágico de su boca cerrada.
No sé por qué no muero si su cara adorada
no es ya más que la cáscara de su espíritu ausente.

Por no matarme, no entra la certeza en mi pecho.
Es verdad que está muerta sobre su blanco lecho,
pero desde otro lado nos mira sonriendo.

Y en «aquél otro lado» quiero creer ansiosa,
mientras junto a sus labios una trémula rosa
que, de saberla muerta, también se está muriendo.

Quién de los dos la amó con un amor más cierto:
no fuiste tú sin duda que al fin la conseguiste.
Pero si tu amor creció, fue porque tú la hubiste,
que sin su amor tu amor de hijo habría muerto.

Yo no tuve esa dicha. Para mi amor despierto
no hubo nunca el alivio, porque el amor subsiste.
Y la amé, sin embargo, pobre corazón triste,
de esperanza y de amor y alegría desierto.

Y me dice: «Arriba nos veremos». Es mía
para el eterno amor y la eterna alegría.

Y yo, herida, suspiro y suspirando callo.
«En el cielo no hay sexos.» Y quizás lograría
que me quisiera tanto como yo la quería.
¡Y este es el triste y único consuelo que no hallo!

Yo creía adorarla. Pero no hubo bastante
amor en mí para su corazón divino.
La zahirió mil veces mi gesto interrogante
y mi torpeza nunca vislumbró en su destino.

La anestesia del dolor
me rinde el cuerpo, velándola.
¡Quién se quedara dormida
sobre aquellas mismas sábanas!

Quién se quedara dormida
junto de su cara pálida,
de sus ojeras azules
y de su boca apretada.

El sueño cierra mis párpados.
Quiero un lugar en su cama
y bien pegada a su pecho
dormir en sus mismas sábanas.

Amanece y con el día
su último lecho la aguarda:
como a un niño en una cuna
la sumergen en la caja.

La caja de fino cedro
para su cuerpo es tan ancha

que si me dejan también
me habría ido con ella.
Sobre la almohada de encajes
su palidez es más blanca.

Tuve sus dos manos perdidas de nuevo,
encontré el torrente de sus ojos claros,
escuché otra vez su palabra única,
mi corazón frío calentó en sus brazos.

Mi esperanza, como destrozado espejo,
zurció en un instante pedazo a pedazo...
A su beso agudo pajes en acecho
vistieron de púrpura mis pulidos labios.

Trocó en rosa el ocre de las bambalinas.
Se llenó de súbita música argentina
el corazón muerto y desvencijado.
Vino la luna nueva, audaz vengadora,
y cegó de un golpe de su hoz brilladora
la cabeza hirsuta de mi mal pasado.

¡Calla! Me acuerdo de nuevo
de esa voz que ya olvidé.
No deshagas el esfuerzo
heroico que derroché.

No me lo nombres siquiera.
No curé bien todavía.
¡Ciega! La venda es ligera,
si la rozas sangraría...

¿Mi frialdad? Es orgullo.
¿Sabes lo que puede en mí?

Canto como puede el suyo.
Por orgullo no morí.
¡Qué larga convalecencia!
No sanó aún. Calla, pues.
Sangra mi herida otra vez
si me presiente su presencia.

Siempre

Porque te llevo bien metida en mis entrañas
y porque con mis ojos y con mi luz te alumbras,
porque pende tu vida de un hilo entre mis dedos
¡no te olvidaré nunca!

Porque el pan que te comes es mi amor quien lo amasa,
porque tengo la llave de tu llanto escondida,
porque guardo en mis manos tu copia de sonrisa
¡te amaré de por vida!

Porque mi corazón es tu techo y tu amparo,
porque si te recuerdo siempre temo olvidarte;
porque corre en tus venas tu sangre si te miro,
porque si no te miro se detiene tu sangre.

Porque a veces te amo y a veces te abandono,
porque puedo matarte cuando no sé quererte,
porque con mis abrazos te convierto en cenizas
¡te amaré siempre!

Tango-canción

Porque cuando te beso
los ojos cierro,
parece que prefiero
besarte menos.
Más me gusta mirarte
que acariciarte;
si te miro, te beso
por todas partes.

El beso es egoísta:
coge los labios
y al resto de tu cara
le inflinge agravios.
Y la mirada en cambio
te coge entera,
y cogiéndote entera
¡cómo te besa!

Desde que sé besarte
con las miradas,
mis labios apretados,
quietos, se callan.

Si me muero

Quiero morir aunque se muera
junto conmigo tu recuerdo.
Se morirán sobre la hierba
tus ojos verdes,
tus cabellos.
Yo no más tengo la centella
maravillosa de tu ingenio.
Quiero morir, aunque me lleve
la luz del mundo, si me muero.

Palabras para mi hija

Para derribar los obstáculos de todo género que se encuentran en la vida, no hay mejor acero que la sonrisa. Sonríe a todo y a todos con la mayor sinceridad posible, y los verás caer a tu paso, dejándote el camino despejado. Te lo digo yo que nunca supe, que nunca he sabido sonreír. Si llevas en los labios una sonrisa y en los ojos la buena voluntad y la paz, serás verdadera y perdurablemente la reina de la vida. Y te lo digo yo justamente porque nunca he conocido la paz.

Procura alimentar y conservar tu fe de modo inquebrantable, sin olvidar que aquel que pretenda arrebatártela quiere privarte del único bien absoluto del que ahora solo escasos privilegiados logran gozar. Cuando ruegues a Dios no le pidas fortuna, salud o amores. Pídele la Fe, ya que dentro de ella están reunidos todos los bienes del cuerpo y del espíritu. Si logras obtenerla completa, no habrá desdicha capaz de alcanzarte, porque te morirás sonriendo y puede que mires morir sonriendo a tu hijo, si le tienes y le ves morir. ¿Qué importa soportar un mal momento si al momento ha de suceder la dicha? ¿Qué importa caminar en la obscuridad si el camino te lleva hacia la luz que relumbra ya delante de tus ojos? Durante el curso de los años, puede haber una hora o muchas horas en que al girar la vista en torno, solo mires la espalda de los hombres. ¿Y a quién recurrirás en tu soledad honrosa y hostil si careces de Fe? Mira como a tu mortal enemigo a quien quiera que sea que pretenda burlarse de tu inocente anhelo, porque siendo tú uno de los pedazos más queridos de mi corazón y siéndome dado elegir para ti un solo bien, sería la Fe el don que elegiría. Y puedo afirmártelo así mil veces, yo, que vivo en ansias y ambición perpetua de la perfecta Fe de que carezco.

Y donde encuentres la bondad, acapárala. La bondad es un talento del alma de exquisita calidad y de muy superior esencia al talento vulgar que tantos tienen. Te lo digo yo, que poseyendo un algo de aquel talento vulgar al que me refiero, hubiera querido tener en vez ¡y con qué anhelo! un algo siquiera de aquel talento sutil del corazón tan dulce y admirable.





Sonetos de Shakespeare
(selección)

* * * *

Estas traducciones fueron publicadas en *Los últimos poemas*, sin embargo, consideramos que es necesario separarlas del resto de sus creaciones poéticas.

Reproducimos la dedicatoria que María Monvel hizo a estos poemas:

«Dedicados a Laurita Viera Gallo de Alcalde, estos sonetos que debieron ser sesenta y que no alcanzaron a ser sino dieciséis.

Directamente traducidos del texto inglés de Shakespeare, con ella y para ella.

Homenaje de gratitud y de ternura al Ángel de aquí y al Ángel que es allá.»

M. M. Agosto de 1936

Cuando te mires al espejo, exclama:
«Hay que hacer otro yo. Después de ahora
la hermosura celeste que en mí mora
junto conmigo extinguirá su llama».

¡Deja un hijo en el vientre que te ama!
Renuévate en un hijo, que ya es hora,
o el otoño que todo lo devora
te matará, como a la verde rama.

Espejo de tu madre, ella en ti mira
la dulce juventud por quien suspira
como su padre en ella vio la suya.

Dale tu antorcha a un tierno adolescente,
que matas la belleza eternamente
si muriéndote tú, mata la tuya.

Contra el tiempo, se viene ese tiempo algún día
en que alzando las cejas te enfade mi torpeza
y mirándome entonces desnudo de belleza
me niegues el amor que me das todavía.

Contra el tiempo en que igual que extranjero lo haría
pasarás junto a mí sin tornar la cabeza
y te des a ti mismo razón de tu dureza,
mientras yo me la dé de mi melancolía...

Contra ese amargo tiempo desde hoy me fortifico
y al que me compadece, que no valgo replico
y así la buena causa quedará de tu lado.

Tu amor siempre habrá sido sobrado generoso.
Tú joven y yo viejo; yo triste, tú dichoso...
¡Oh! y si tendrás razón de haberme abandonado!

¡Con qué profunda laxitud camino
si sé que el fin de la áspera jornada
con el reposo en una extraña almohada
hallaré más amargo mi destino!

Cuando más a la mente me avecino,
más lejos tú. Mi mula fatigada
no puede con la carga aumentada
del dolor de tu amor con que camino...
Hiere mi cruel espuela inútilmente.
Sabe la bestia y marcha lentamente,
pero lanza un gemido doloroso.

Gime la bestia fiel con mi gemido
porque al dolor me lleva o al olvido
mientras me arranca del amor y el gozo.

Si fuera mi substancia pensamiento
y no materia opaca, vil, pesada,
no me sería la substancia nada
para vencer tu ausencia y mi tormento.

Me iría en la ala rápida del viento,
en pos de donde tienes tu morada
y no en ausencia eterna y desolada
me abrevara de amor y sufrimiento.

¡Oh! me muero al pensar que no estoy hecho
de livianas materias, y mi pecho
está de tierra y lágrimas pesado.

Poderosa la ausencia me tortura
sin que logre romper la soga dura
que a mi tortura me mantiene atado.

Cuando golpeas con extraño encanto
las blancas teclas de tu negro piano
y das el goce de tu bella mano
al clavecín, porque la bese tanto.

Lleno de envidia mi mirar levanto
ante la audacia del marfil lejano
que, preferido por injusto arcano,
goza de ti en presencia de mi llanto.

¡Qué no diera mi labio enamorado
por ser el clavecín que está a tu lado
y a quien tus dedos tal honor confieren!...

Mas ya que el clavecín así es dichoso
dale a mis labios de tu boca el gozo,
porque de celos y de amor se mueren...

Lejos de vos mi primavera ha sido
y por soñar con vos no vi sus rosas
y con mis manos pálidas y ociosas
ninguna de sus galas he cogido.

Recordándoos a vos fui al florecido
bosque y no vi sus flores olorosas,
y aunque cantaban aves melodiosas,
absorto en vos, no percibí un sonido.

Y aunque brillaba en la mitad del cielo
el sol, a mí me atenazaba el hielo
pues vuestra ausencia entre los dos estaba.

Las rosas fueron nuestra sombra apenas
y aunque de ellas las manos tuve llenas
la ausencia y su dolor las marchitaba.

Miro mi bien lo mismo que el avaro
de vez en vez, con tímida medida,
por miedo de acabar la corta vida
que el placer ha, si no es fugaz y raro.

Como el día de fiesta brilla claro
sobre el collar del año que le anida
y gozamos su arribo y su partida
nos da pesar, porque por breve es caro,

así tu ausencia me es: cofre cerrado
dentro cuyo recinto perfumado
el esplendor de joyas mil habita.

¡Oh! y qué dulce embriaguez, cuando despliega
su cautivo esplendor y en él me anega
con breve dicha que después me quita!...

Cuando miro el reloj que va contando
imperturbable el paso de la hora
y el día hermoso que se va adentrando
en el recinto en que la noche mora.

Cuando miro que muérese llorando
la violeta purpúrea que te adora
y el árbol miro que ostentara otrora
follaje y vida, mustio y tiritando...

Tiembo por tu beldad que desafía
con su resplandeciente mediodía,
cuanta hermosura en este mundo existe.

Beldad que el tiempo aplastará iracundo,
si el hijo tardas en traer al mundo
que diga luego lo que hoy día fuiste.

Voy con mis ojos en perpetua ira,
porque jamás me dan razón sincera
y cuanto ellos me dicen y creyera
luego resulta fraude, error, mentira.

Por tu hermosura el corazón suspira
aunque no encontré a nadie que la viera
y de otro modo alguno ser pudiera
que el ojo del amor si ve, no mira.

Y el ojo de mi amor siempre empañado
y por amargas lágrimas cegado
que mucho que me mienta si se engaña

si el propio ojo del sol, tenaz, violento
deja de ver cuando se agita el viento
y empuja ante él la nube que lo empaña.

¿Y osas decir que no te amo, cuando,
aunque estés contra mí yo estoy contigo
y quienquiera que te odie es mi enemigo
y amo a quienquiera que tú estés amando?

¿No te amo yo, que cuando estoy llorando
por tu amor, si te estorbo, me castigo,
y tras tu encanto y tus miserias sigo
mi virtud y mi genio pisoteando?

Me aborreces, y bien si me aborreces
solo a quien claro mira perteneces,
y yo la claridad por tu amor niego.

Porque creyendo en ti ya en mí no creo
y porque en tu ser vil grandezas veo
me odias... Tú amas la luz, y yo estoy ciego.

No hallas por tu crueldad remordimiento.
También la dulce rosa tiene espinas
y bajo de las aguas cristalinas
la lama inmunda y fétida halla asiento.

La luna cubre con callado intento
la nube, y las corolas peregrinas
miran roer sus hojas purpurinas
por gusanos que buscan su alimento.

¿No soy acaso el propio error yo mismo?
¿No trueco en cima mi profundo abismo?
¿No de mis justas quejas te defiendo?

¿No soy de mi asesino el abogado?
¿No estoy, no contra ti, sino a tu lado
y porque vivas no me estoy muriendo?

Bibliografía de María Monvel

Remansos del ensueño. Imprenta Universitaria: Santiago de Chile, 1918.

Fue así... Editorial Nascimento: Santiago de Chile, 1922.

Las mejores poesías de los mejores poetas. Editorial Cervantes:
Barcelona, 1925.

El marido gringo. Lectura Selecta: Santiago de Chile, 1926.

Poetisas de América. (Editora). Editorial Nascimento: Santiago de
Chile, 1929.

Sus mejores poemas. Editorial Nascimento: Santiago de Chile, 1934.

Últimos poemas. Editorial Nascimento: Santiago de Chile, 1937.

EXLIBRIS



Desde el puerto de Valparaíso, zarpan estos libros editados por la Universidad de Valparaíso, como gesto esencial de su misión de Universidad Pública. Libros que han sido confeccionados con los materiales más nobles y todas sus páginas están encuadernadas y cosidas prolijamente para subir —como los ascensores de esta ciudad— desde el plan hasta los cerros, uniendo perspectivas, en una navegación a lo abierto, horizonte de toda poesía y pensamiento.



C O L O F Ó N

Este libro ha sido publicado por la Editorial UV de la Universidad de Valparaíso. Fue impreso en los talleres de Ograma. En el interior se utilizó la fuente Swift —en sus variantes light, light italic y regular— sobre papel bond ahuesado 80 gramos. La portada fue impresa en papel Nettuno de 280 gramos. En la encuadernación se utilizó hilo de color blanco. El grabado del «ex libris» fue realizado por Cristián Olivos. La versión impresa se terminó en el día 27 de noviembre de dos mil veintiuno. Esta versión digital —gratuita— fue creada y difundida el tres de noviembre de 2022.



La poesía de María Monvel fue recibida con atención elogiosa a este y al otro lado del Atlántico durante las primeras décadas del siglo pasado. Los treinta y siete años que duró su vida los dedicó a la escritura, traducción y edición literaria. Gabriela Mistral consideró que Monvel era «la mejor poetisa de Chile, pero más que eso, una de las grandes poetisas de nuestra América» y destacó su particular «elegancia interior» y «flexibilidad espiritual». Los poemas de esta autora iquiqueña tienen la madurez vital de quien ha sufrido con la mirada asombrada del alma niña que ve las cosas por primera vez. Esta antología, ilustrada con óleos de Pía Subercaseaux, recorre toda la obra poética publicada de Monvel y nos da la posibilidad de volver a habitar una poesía que combina hábilmente el rigor formal, la levedad musical y la necesidad de un decir que constata y transfigura la realidad cotidiana.



Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Desarrollo
Cultural y las Artes (FONDART) 2019.

